

Luis Tapia*

LA REFORMA DEL SENTIDO COMÚN EN LA DOMINACIÓN NEOLIBERAL Y EN LA CONSTITUCIÓN DE NUEVOS BLOQUES HISTÓRICOS NACIONAL-POPULARES

POLÍTICA Y ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

La dominación es una relación política que, por un lado, se organiza y se reproduce como Estado, pero también es algo que se configura al organizar la cultura de una sociedad o un país. El poder político se produce en el proceso de organización de la cultura. Esta es la perspectiva teórico-política propuesta por Antonio Gramsci. En este breve escrito deseo argumentar una interpretación de algunos procesos políticos de las dos últimas décadas en torno a un núcleo de la argumentación de Gramsci: el sentido común como producción política y parte de la lucha por la hegemonía. La política es un conjunto de prácticas instituyentes de la forma de lo social; esto es, como proceso que se da como organización de la cultura que implica la organización y desarrollo del Estado así como el de un bloque histórico, que es la condición de posibilidad macrohistórica de una buena articulación política de economía, cultura, vida social, forma de gobierno y Estado.

La unidad de las sociedades y países es algo que se produce, o a veces no se produce o es algo mal articulado. La constitución de un bloque histórico y la producción de hegemonía son formas de articu-

*Docente e investigador del Posgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés, CIDES-UMSA, Bolivia.

lación óptima y producción de poder ascendente; han sido formas de acompañar la dominación con consenso. La teoría de la hegemonía de Gramsci ha servido también para pensar la transición a sociedades capitalistas o la transformación de lo no moderno en parte de nuevos bloques históricos que encarnan la civilización moderna capitalista. Sirve para pensar las formas óptimas de la dominación moderna, los obstáculos para un bloque histórico que sustituya ese horizonte civilizatorio, y es así una teoría de la política que no la puede explicar por sí misma sino por el proceso de articulación del conjunto de los procesos sociales intersubjetivos que sintéticamente Gramsci llamó organización de la cultura, lo cual tiene como reverso el hecho de que no se puede pensar la cultura como una matriz pre-política sino como una articulación política de procesos que tienen su especificidad, pero que al articularse con otros se politizan. El problema que me planteo aquí es analizar la pertinencia de esta perspectiva para pensar las condiciones en las que la dominación colonial y el dominio del capitalismo no han producido articulaciones o unidades políticas inclusivas y consistentes sino todo lo contrario, una superposición desarticulada y formas débiles de unidad. No pretendo hacer la historia de estas relaciones sino pensar los procesos contemporáneos en Bolivia y América Latina.

Para llegar al nivel analítico del sentido común, cabe recordar que la articulación de Estado y economía, de vida social y forma de gobierno, es una construcción, que en tiempos modernos debe enfrentar la articulación de varios modos de producción y, además, de varios tipos de cultura y civilización.

La noción de bloque histórico sirve para pensar los procesos y formas de articulación entre Estado y sociedad civil que se realizan a través de un bloque social que se vuelve histórico cuando un núcleo clasista fundamental articula clases subalternas y propone otro modo de producción, en torno a un mismo proyecto de Estado y civilización. El bloque histórico se vuelve la base social y la condición fáctica de posibilidad de la hegemonía.

La hegemonía se compone de dirección y dominación o de dominación y consenso. La dirección es una composición cultural de conocimiento, fines y valores. Comprende el conjunto de prácticas de organización de la cultura que implican valores y fines. La articulación de prácticas en relación a, o en torno de, un horizonte de civilización y estatalidad específico.

En la producción de hegemonía resulta clave la dimensión cognitiva. La hegemonía significa que se han producido y articulado un conjunto de conocimientos que sirven como núcleo de comprensión del mundo, de inteligibilidad de los hechos históricos y la dimensión

natural de la vida humana, a la vez que se ha articulado este conjunto de conocimientos a otro conjunto de fines y valores.

La dirección es la dimensión ética de la política, no sólo en el sentido de prácticas que se realizan de acuerdo a normas morales de conducta pública sobre todo, sino en el sentido primario que consiste en la producción de esos fines y valores. La dimensión política de los fines y valores es principalmente la de su producción, articulación y rearticulación en proyectos de Estado.

El sentido común es un tipo de conocimiento social. Es aquel conjunto de creencias que organizan de modo predominante las relaciones intersubjetivas y/o las intervenciones cotidianas y que ya no son objeto de cuestionamientos por un tiempo. Producen certidumbre y, así, reproducen y legitiman el orden social.

El sentido común también es una normativa que ordena el sentido de los hechos sociales. De este modo, el sentido común es un compuesto de memoria y valoración. El sentido común contiene un tipo de memoria histórica y un modo de producir memoria histórica, es decir, de ordenar los hechos sociales e históricos de acuerdo a una estructura ideológicamente armada en el proceso de constitución de una cultura política como hegemónica.

Así, la lucha por la hegemonía en lo que concierne al sentido común pasa por una sustitución o reforma –modificación del modo en que los hechos se vuelven memoria histórica sin la intervención de las interpretaciones políticas de los sujetos dirigentes o los intelectuales orgánicos, es decir, casi inmediatamente en el conjunto de las relaciones intersubjetivas. Por ejemplo, la organización neoliberal del mundo ha producido un tipo de sentido común que reduce el espesor histórico en la interpretación y experiencia de los hechos (ver Jameson, 1992), los despolitiza y articula la interpretación de sentido en torno a la biografía individual y familiar, no en todas sus dimensiones sino en tanto sujetos económicos o articulados a los mercados de todo tipo. El neoliberalismo reduce los horizontes de sentido y experiencia simbólica.

La organización del sentido común también afecta la dimensión de los sentimientos, los afectos, esto es, hace que la gente desestime cierto tipo de acciones y actitudes que encarnan creencias, fines y valores que no se creen realizables y, así, influye en la forma de relacionarnos entre individuos y en la selección de nuestras relaciones e interacciones.

El neoliberalismo produjo un sentido común que contenía una fuerte propensión al pesimismo en casi todo lo que se refiere a iniciativas colectivas y en particular a procesos de construcción de estados nación y democracia. El despliegue ideológico de los ochenta y noventa inducía a pensar que nada fuera de este horizonte era posible, deseable, factible. El sentido común neoliberal a su vez funciona como una

matriz atomizadora o atomizante; produce la individualización de las relaciones y los hechos. Por eso, la democracia –que es un régimen de vida política pública, es decir, colectiva– se desplaza a concebirlo y practicarlo como una serie de relaciones de intereses individuales con los partidos y con el Estado, a través del voto y los derechos individuales pensados del modo liberal como compromisos entre individuos y Estado, a través de la parcial mediación de los partidos. Cabe pensar que, a diferencia de los momentos constitutivos del capitalismo, en los que el proceso de atomización se realizó en relación a las matrices más o menos comunitarias que quedaron desarticuladas o destruidas como producto del proceso de acumulación primitiva o expropiación violenta de la tierra, el neoliberalismo atomiza en relación a las formas de organización colectiva producidas en las modernas historias de organización de la sociedad civil y los procesos de democratización política y social desarrollados en el seno de los estados nación, y en relación con los derechos sociales y las instituciones de solidaridad redistributiva.

La organización del sentido común se refiere a la construcción de una hegemonía y un bloque histórico. El neoliberalismo pretendió ser hegemónico, incluso absoluto. Un modo de evaluar este aspecto es analizar si históricamente se han constituido o construido bloques históricos en los países de América Latina. Para ello tomaré dos ejes alternativos en tensión. Primero, elaboraré algunas consideraciones sobre los procesos de desorganización como estrategias de dominación y desconocimiento; y luego haré algunas reflexiones sobre la autoorganización como proceso de conocimiento social o intersubjetivo, propiciador de una reforma moral e intelectual.

LA DOMINACIÓN COMO DESORGANIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO SOCIAL

La dominación se basa en la ignorancia y en la socialización de patrones intelectuales que incorporan la subordinación, la jerarquía y la subalternidad en la constitución de los sujetos. La dominación se levanta sobre un proceso de desorganización de las condiciones sociales, políticas y culturales en las cuales los diversos sujetos sociales podrían conocerse a sí mismos a través de la relación con otros sujetos en el contexto de los procesos nacionales e internacionales. Dominar implica desorganizar las condiciones de reconocimiento entre sujetos sociales, especialmente en el mundo de los trabajadores.

La desorganización produce desconocimiento, de sí mismo como sujeto individual y colectivo, de los otros sujetos, del país y del mundo. La estrategia de dominación neoliberal se propuso desorganizar a los trabajadores y otros núcleos sociales para poder imponer sus patrones de apropiación del trabajo y control de las poblaciones trabajadoras. La

historia de las clases trabajadoras en América Latina había producido una capacidad en algunas de ellas para articular una concepción del mundo, de los tiempos modernos en las condiciones de dominación colonial e imperialista y proyectos políticos, junto a otros núcleos politizados de capas medias, que les permitieron disputar la dirección de los estados y promover procesos de construcción de estados nación durante el siglo XX. El fortalecimiento y la democratización de estos estados nación se volvieron obstáculos para los procesos y estrategias de explotación y dominación de los núcleos de acumulación capitalista mundial. En este sentido, el neoliberalismo es una estrategia para desmontar las largas construcciones políticas del siglo XX que se habían vuelto límites a la acumulación capitalista transnacional y al acceso a recursos naturales baratos.

El principal modo de limitación a la acumulación capitalista mundial fue puesto por el control nacional y estatal de la propiedad y explotación de los recursos naturales y las empresas que los transforman, sobre lo cual se montaron las grandes empresas estatales de la minería, el petróleo, el gas. El otro límite consistió en la creación de las empresas públicas de provisión de servicios básicos, como las del agua, comunicaciones, transporte, energía, educación y salud. El conjunto de estos ámbitos de nacionalización y de carácter público de las empresas de producción de bienes y servicios que responden al reconocimiento de derechos sociales fueron áreas más o menos desmercantilizadas. El neoliberalismo consiste en el desmontaje y destrucción de estos ámbitos de nacionalización de los recursos naturales y los procesos de transformación, por un lado, y en la transformación del ámbito de instituciones y empresas de producción de servicios públicos, por otro. La estrategia es la privatización de ambos sectores, lo cual implica abrirlos como campos monopólicos de la acumulación capitalista transnacional. Lo propio del neoliberalismo es el desmontaje de estos ámbitos históricamente democratizados por la vía de la nacionalización.

Para debilitar y desarticular estos estados y el control que ejercían sobre la propiedad de recursos y el excedente económico, los neoliberales emprendieron un proceso de desorganización de las sociedades civiles latinoamericanas, con el propósito de compatibilizar el contenido privatizador de las nuevas políticas económicas que implementaron el modelo económico, con la composición cultural y política de las sociedades civiles que tendrían que soportar las nuevas configuraciones del capitalismo en América Latina. De este grueso proceso, que de acuerdo a Gramsci podría llamarse la construcción negativa de hegemonía, sólo quiero analizar un eje que consiste en dos tipos de relaciones. La primera se refiere a la relación entre desorganización y desconocimiento y la segunda, a la relación entre organización y conocimiento. En el análisis

de ambas trabajo sobre la importancia de la producción política del sentido común para la articulación de hegemonía.

Para gobernar un país se necesita articular una concepción del mundo y de la época. Se necesita articular, también, un proyecto. Según Gramsci, en tanto, se necesita producir dirección moral e intelectual. El neoliberalismo emprendió procesos de sustitución de creencias en ambos aspectos. A nivel de la concepción del mundo o del conocimiento, el neoliberalismo articuló un discurso como estrategia para explicar los hechos contemporáneos, que combina una síntesis de las nuevas tecnologías de comunicación, un discurso económico normativo –que bajo el pretexto de racionalidad elimina justamente la posibilidad de pensar alternativas que permitan elegir la mejor manera de satisfacer las necesidades sociales– y un discurso político que también argumentó la superioridad del liberalismo en tanto cultura política y régimen competitivo de partidos como síntesis de toda la historia política.

El neoliberalismo emprendió una ofensiva para sustituir las creencias predominantemente nacionalistas, por medio de las cuales la mayoría de la población organizaba su comprensión del país, la región y el mundo político y económico. Durante la década del ochenta y noventa, se desplegó en América Latina una ofensiva dirigida a la sustitución de las creencias que se generaron durante los períodos nacionalistas y populistas o nacional-populares. La reforma se dio a través de un doble proceso, en el que se iniciaban las reformas a nivel de las estructuras de los estados –en especial como privatización– y paralelamente se desplegaron sendas campañas para promover una nueva concepción del mundo que giraba en torno a la idea de mercado mundial, eficiencia, competitividad y desestatalización.

Para legitimar los procesos de privatización se necesitó crear un nuevo sentido común, es decir, que la gente concibiera al mundo como una dinámica de producción, circulación y consumo de mercancías en procesos altamente despolitizados y, por lo tanto, evaluara los hechos y el sentido de los mismos de acuerdo a esta cultura mercantil.

El neoliberalismo produce y contiene una ideología que reduce el mundo a la mirada y sensibilidad que generan los procesos capitalistas de producción y reproducción ampliada. En tanto es una ideología reduccionista, se vuelve un dogma o un discurso dogmático que no tiene una matriz capaz de articular una comprensión de otras dimensiones de la vida social y la posibilidad de alternativas de organización y dirección de la vida económica y política.

El proceso fue inducido a la fuerza, a través de políticas de choque decididas desde el nivel ejecutivo de los estados, sin consulta con sus respectivas sociedades civiles ni parlamentos. No existió un proceso y tiempo de deliberación sobre la pertinencia o no de las nuevas

políticas económicas. Lo que hubo paralelamente fue un despliegue de una nueva discursividad a través de los medios masivos de comunicación, de los organismos internacionales de regulación de la economía y la política, como el BM, el FMI, el BID. Poco después, se articuló un discurso desde algunos núcleos supuestamente académicos que sirvió para legitimar esta estrategia de dominación con los lenguajes aparentemente técnicos de las ciencias sociales, pero que en el fondo son discursos normativos sobre cómo se debería organizar la realidad, sin alternativas; algo poco racional y razonable.

Los primeros años fueron de resistencia y enfrentamiento, callejero y discursivo. En la medida en que los procesos de privatización avanzaron y los procesos de desarticulación de los estados nación desarmaron las condiciones materiales para poder seguir sosteniendo creencias nacionalistas, la gente de los núcleos urbanos fue sustituyendo paulatinamente sus creencias por otras de tipo liberal y neoliberal, en particular en los núcleos urbanos de mayor modernización económica. El hecho de que muchos países de América Latina ya hayan pasado por dos décadas de neoliberalismo hace que las nuevas generaciones se hayan formado en un ambiente de creencias y sentido común liberal; han aprendido estas creencias en todos los ámbitos, el de la escuela, el trabajo de los padres, los medios de comunicación, las noticias.

El neoliberalismo produjo una reforma del sentido común. Sustituyó las creencias nacionalistas por otras liberales. No se trató de un proceso que abarcara a todos los ámbitos y poblaciones, ni se dio con la misma profundidad en todos los países, como argumentaré más adelante.

Este proceso de reforma moral e intelectual produjo una especie de marginalidad y disonancia moral y cognitiva. Establezco aquí un parangón con lo que hace unas décadas los sociólogos llamaron marginalidad. La marginalidad era producto de procesos parciales de modernización capitalista, a través de los cuales se producía la descampesinización generada por la acumulación primitiva que destruía las formas comunitarias de propiedad de la tierra y sus respectivas totalidades sociales, propiciando la migración hacia las ciudades, pero sin generar a la vez los procesos de incorporación de esa población desplazada a nuevos procesos económicos de transformación productiva, es decir, descampesinización sin industrialización.

El neoliberalismo ha producido una reforma moral e intelectual que propició la desarticulación de un sistema de creencias, que era una especie de sentido común. El neoliberalismo provocó la desorganización de las condiciones materiales para la regulación y el gobierno nacionales de las economías y países del continente. Al desarmar las estructuras económicas y políticas que sostenían márgenes y procesos de articulación nacional y de producción y ejercicio del poder social

y político desde dentro, se induce a que paulatinamente la gente sustituya sus creencias, manteniendo por un tiempo en la memoria los hechos nacionales y nacionalistas, como recuerdo pero ya no como horizonte y proyecto.

El discurso neoliberal habló de modernización, pero, a diferencia de la época de la política de sustitución de importaciones y de industrialización, las reformas económicas realizadas no produjeron integración económica en nuevos sectores modernos, sino varios efectos diferentes y contrarios. Por un lado, se generó desempleo al cerrar las empresas estatales de transformación y explotación de recursos naturales. Por otro, la política de privatización de las manufacturas y la de flexibilización laboral modificaron las condiciones de trabajo fabril y manufacturero, deteriorando los niveles salariales, de seguridad y trabajo, produciendo desintegración política al desarmar o prohibir los sindicatos, y una alta inestabilidad laboral, lo que se traduce también en algo de desintegración económica por el lado de los trabajadores. Se trata de una integración puntual y temporal, que responde a los ritmos y necesidades de acumulación de los capitales en el mercado mundial y no simultáneamente a las necesidades de integración y de reproducción social simple y ampliada.

En este sentido, las reformas neoliberales incrementaron la condición de marginalidad, en el sentido clásico del término, ya que se crearon las condiciones para un dinamismo económico sólo en algunos núcleos desarticulados del resto de la economía nacional. Esa falta o déficit de integración económica y el deterioro de las condiciones de las poblaciones inestablemente integradas hacen que se genere una condición de parcial reforma de las creencias y el sentido común, que deviene del cambio de las estructuras económicas y los discursos que las acompañan, pero que, sin la correlativa materialidad de integración económica, provocan que en el tiempo tampoco sean las creencias que se pueden mantener indefinidamente a través de los ciclos de crisis que se empiezan a vivir a fines de los noventa en particular.

Se han vivido dos décadas de reforma moral e intelectual de tipo liberal, pero que no generaron la materialidad para producir y consolidar un nuevo sentido común y bloques históricos hegemónicos. En parte, de ahí vienen o a ello se deben las crisis experimentadas en los últimos años en Ecuador, Argentina y Bolivia.

La composición política y social de los países de América Latina es diferente, así como su historia de construcción nacional. Por eso, el grado de transformación o reforma que produjo el neoliberalismo también es diferente; y también lo son los procesos de recomposición de lo nacional-popular en cada uno de ellos, aunque podemos advertir la presencia de algunos rasgos comunes.

Teniendo en cuenta esta diversidad es que paso a argumentar, en la tercera parte de este trabajo, acerca de la experiencia reciente de la historia de Bolivia y otros países con presencia de pueblos y culturas comunitarios.

LA AUTOORGANIZACIÓN COMO PROCESO DE REFORMA MORAL E INTELLECTUAL Y CONSTRUCCIÓN DE UN BLOQUE HISTÓRICO

La clave para enfrentar la dominación no es la organización en general sino la autoorganización. Las estrategias de dominación organizan a la gente en posiciones de subordinación, de recepción del mando, de una autoridad jerarquizada más allá y fuera de la colectividad gobernada. La organización produce poder, y a veces eficacia. La autoorganización produce poder y libertad. La organización nos constituye en sujetos a través de una cadena de posiciones que articulan las estructuras y relaciones de poder. La autoorganización nos constituye y reconstituye como sujetos en fluidez. La autoorganización no nos estabiliza en las relaciones de poder, sino que es una apertura a nosotros mismos y en relación al conjunto de relaciones sociales que nos condicionan y que afectamos a partir de la propia iniciativa.

La autoorganización en política siempre es organización con otros a partir de libertades compartidas, en deliberación, a veces en tensión y conflicto. En este sentido es que, en tanto proceso, es una historia, y así puede ser una construcción, un proyecto; en consecuencia, se puede constituir históricamente un bloque social y político, es decir, un bloque histórico.

La estrategia neoliberal produjo un alto grado de desorganización o destrucción de núcleos organizados en el mundo de los trabajadores, una organización corporativa y monopólica transnacional en los núcleos clave de la economía; es decir, la organización de un orden económico, político y social con un extenso campo de posiciones de subordinación y otro de exclusiones. El neoliberalismo implica que los únicos que tienen derecho a organizarse son los capitalistas y los agentes políticos de su soberanía transnacional.

La organización obrera era la principal condición histórica y política de la nacionalización de los recursos naturales y del carácter público de la educación, la salud, el agua. La desarticulación de la clase obrera era condición de la privatización de todos los sectores públicos. Así fue enunciado de manera explícita por el presidente que inició la reforma neoliberal en el país, al decir que para instaurar el nuevo modelo económico se debía destruir el viejo monolito sindical. En la medida en que se fue debilitando la organización obrera y su capacidad de articulación de otros trabajadores a nivel nacional, se fue ampliando el espectro de las privatizaciones.

Un modo de organizar las condiciones de la desorganización y, en consecuencia, de la dominación, ha sido propiciar una reforma moral e intelectual que sustituya ideas que encarnan la creencia en las fuerzas y razones propias, por otras que reconstituyeron a individuos y colectividades como sujetos heterónomos. El modelo neoliberal demanda organizarse para participar del mercado, que es un modo despolitizado e ideológico de nombrar las estructuras de dominación organizadas por el capitalismo. El neoliberalismo tenía que sustituir de la memoria y mentalidad popular la creencia en el derecho a cogestionar lo público y a cogobernar el país.

En el ámbito de la política, el liberalismo demanda la organización en partidos, que en estos tiempos neoliberales básicamente ejercieron una política de sustitución en condiciones de oligopolio o competencia entre elites político-económicas. La centralidad de los partidos liberales corresponde a este período de desorganización producida por las reformas económicas. Para no generalizar, tomo como eje de mi argumentación la historia boliviana, para luego matizarla con otras experiencias.

La implementación coercitiva del modelo neoliberal implicó desorganizar los sindicatos de los productores mineros y de los fabriles. Un resultado de esta fase de desorganización sindical fue el debilitamiento de los partidos de izquierda que proclamaban representar a la clase obrera, su reducción electoral y su desaparición en el mediano plazo. Los núcleos urbanos estuvieron más sometidos a la reforma moral e intelectual neoliberal y se convirtieron, por un tiempo, en la clientela electoral de un sistema de partidos organizados y dirigidos por empresarios. La escena política fue monopolizada por estos partidos patrimoniales y clientelares. Por eso, durante los noventa, los partidos afirmaban que ya estaba consolidada lo que llamaban democracia pactada. En los ámbitos urbanos no parecía haber alternativas al modo en que el país se articulaba al mundo ni a cómo se organizaba la entrega permanente de nuestras riquezas. Menciono esto de manera muy sintética para poder sostener mi hipótesis central. En el caso boliviano, las fuerzas de resistencia duradera y de contestación al neoliberalismo provinieron y provienen del mundo agrario: de los sindicatos campesinos y de las organizaciones de pueblos comunitarios.

Considero que uno de los motivos para que esto ocurra así es que la reforma moral e intelectual de superficie que promovió el neoliberalismo no penetró mucho en el campo, sino que lo hizo en menor medida, y a algunos lugares no llegó, como no llegaron tampoco las reformas previas. Por un lado, en el ámbito agrario, los principales medios de comunicación como la televisión y los periódicos no son el referente más importante, sino la radio, que en muchos casos es gestionada por

campesinos e indígenas, es decir, que responde a procesos de autoorganización y no a los de la organización cada vez más monopólica del capital que controla la televisión y la prensa escrita.

Por otro lado –el principal–, las reformas del modelo neoliberal no han favorecido en nada a los productores agrarios, pequeños productores y comunidades, que más bien se han visto afectados por la apertura desigual de mercados. En el agro tenemos, entonces, un mundo poco afectado por la ideología neoliberal pero sí amplia y negativamente afectado por las reformas económicas.

Hay otras condiciones histórico-políticas más densas que operan como límites al neoliberalismo. La principal es la existencia de estructuras comunitarias de autoridad y autogobierno en varios territorios del país, lo que permite articular un discurso de crítica de la transnacionalización liberal desde valores y cosmovisiones alternas, una vez que el núcleo social y discursivo obrerista se ha debilitado y desarticulado. Estas estructuras comunitarias son otro núcleo de producción simbólica, que oferta una alternativa ética y social –aunque en la lucha política y los cambios que se dan las cosas sigan ocurriendo en el seno de las instituciones modernas y su horizonte cultural, penetrado y reformado por estas fuerzas agrarias.

El otro núcleo reactivado contra el neoliberalismo es la memoria de la reforma agraria que, a pesar de sus límites y horizonte moderno, se ha incorporado como hecho histórico y económico central en los trabajadores del campo. Junto al discurso y proyecto de renacionalización de los recursos naturales, opera como un elemento de articulación de un núcleo histórico local o nacional en el procesamiento de los juicios políticos o del sentido común.

Pero esto sólo se refiere a las condiciones de posibilidad, de las cuales la más importante es la iniciativa política. Las cosas cambian porque alguien se propuso cambiarlas y dirigirlas en otro sentido, y porque desarrolló la capacidad de generalizar una voluntad política. Gramsci pensó que en la organización política y en la organización del Estado es importante la voluntad política, el deseo y la fuerza de dirigir en cierto sentido los procesos sociales y políticos.

Las crisis que está enfrentando el neoliberalismo devienen del hecho de que en varios países se ha articulado una voluntad política, que a su vez fue articulando otras fuerzas, que al encontrar un núcleo de síntesis y proyección tienden a configurar un bloque. En primer lugar deseo argumentar la hipótesis de que esta voluntad política de reconstituir la soberanía nacional a partir de una reconstitución de lo popular se genera, y se expande en coyunturas de crisis, a partir de suspender parcialmente la dimensión internacional del mercado mundial y los poderes políticos y económicos transnacionales en el juicio político a

través del cual se piensan las posibilidades, las necesidades y proyectos de construcción estatal y dirección de la vida política nacional.

Para comenzar una reforma moral e intelectual antineoliberal, se ha sustituido la centralidad o primacía de la dimensión internacional en los juicios políticos que explican y proyectan los hechos nacionales, por un modo de razonamiento que piensa a partir de las necesidades, fuerzas y deseos de los sujetos populares nacionales. Se está sustituyendo el sentido común neoliberal que tiene una estructura que no permite organizar la conciencia de los hechos en torno a la articulación que le dan la historia y los sujetos locales. Se está produciendo una reforma moral e intelectual que está rearticulando un sentido común que tiene una estructura que motiva la autovaloración, la creencia en las propias fuerzas y la conciencia del robo y la explotación que significan los procesos de privatización y control transnacional de las economías.

Se está cuestionando la verosimilitud de los juicios neoliberales sobre la primacía absoluta y benéfica del mercado mundial, que es un modo de encubrir el dominio monopólico de algunos capitales y poderes estatales, y se está desarrollando la verosimilitud de los juicios de autovaloración generados por las nuevas voluntades políticas que devienen de procesos de autoorganización.

Este proceso de reforma del sentido común reactiva y rearticula la memoria histórica, en particular de los hechos y procesos en los que a partir de la presencia popular se reformaron los estados y se democratizaron los países en procesos de construcción nacional, como la revolución nacional del 52, la nacionalización y el cogobierno de partido nacionalista y obreros.

Lo peculiar del proceso boliviano es que las fuerzas que hoy están articulando un nuevo sentido común y un nuevo bloque histórico son sujetos agrarios, algunos modernos, otros de matriz comunitaria. El horizonte nacional, que es el horizonte de articulación del sentido común, es un proceso que en principio está configurado por fuerzas agrarias. El proyecto nacional tiene una centralidad agraria en términos de los cuerpos sociales que lo sostienen y proyectan, aunque su horizonte es moderno. Por ejemplo, en Bolivia, el núcleo del proyecto es nacionalización e industrialización. Esta compleja composición produce tensiones que todavía están por desplegarse en el tiempo venidero.

Esta suspensión de la primacía del juicio transnacional y la sustitución por la primacía de los juicios nacional-populares deviene de una articulación de la cultura política comunitaria con la memoria nacional popular de los núcleos modernos. La política comunitaria es una política de la presencia, la deliberación y la responsabilidad de los delegados en relación a la comunidad a la que pertenecen. En esta matriz política no puede primar lo externo, la política de otros estados; en todo caso,

puede haber adaptación. La primacía de los juicios y mandatos políticos externos es propia de la modernidad de la periferia. Pero la modernidad también produjo la cultura y el proyecto de la soberanía nacional y la de los individuos, y la posibilidad de la soberanía de los trabajadores.

Hoy se están combinando estos dos elementos o historias en una nueva composición organizada en torno a una matriz campesina. Parece bosquejarse la constitución de un nuevo bloque histórico, con rasgos diferentes al modo en que Gramsci los había concebido. En el caso boliviano, no es una clase fundamental del modo de producción capitalista la que se constituye como el núcleo articulador del bloque sino los campesinos, pero a través de la organización de algunas formas modernas de hacer política, como son los sindicatos y los partidos; sindicatos que generan partidos, pero que tienen a la vez un fondo social e histórico que son las estructuras comunitarias. Las organizaciones campesinas y de pueblos comunitarios han aprendido a participar en los procesos electorales en el seno de instituciones liberales sin tener una cultura política liberal, y han ganado elecciones municipales y nacionales. Ahora se enfrentan al reto de transformar una estructura estatal monocultural en una estructura de gobierno multicultural que corresponda a la composición del bloque social e histórico en construcción.

Las comunidades agrarias mantienen estructuras de autogobierno y prácticas de producción y relación con la naturaleza, que han persistido por debajo de las estructuras estatales y capitalistas de dominación, que junto a la memoria nacional-popular de la nacionalización y el cogobierno hoy se articulan en un proceso de recomposición de un sentido común popular y comunitario, que parcialmente está sustituyendo el discurso neoliberal y produciendo una autovaloración o creencia en sí mismos que ya ha provocado un cambio en los sujetos del gobierno y va camino de una reforma de la estructura del Estado boliviano. El principal cambio en el sentido común en el país es la idea y realidad de que los campesinos y comunarios no sólo pueden y deben autogobernarse sino que son capaces de gobernar el país en su conjunto.

BIBLIOGRAFÍA

- Gramsci, Antonio 1975 *Cuadernos de la cárcel* (México DF: Juan Pablos) Vol. 6.
- Jameson, Fredric 1992 *The condition of postmodernity* (Durham: Duke University Press).

